

Por qué Uruguay es tan chico

Rocha Imaz compone un aporte sin duda muy aprovechable acerca de los problemas de límites que Uruguay tuvo y tiene con Argentina y con Brasil. Las alternativas y los precedentes estudiados a través de muy ilustrativas transcripciones, revelan algunos de los despojos reiterados que hemos padecido y padecemos con Brasil en el Rincón de Artigas y en la isla de la boca del Cuareim, y con Argentina, en las islas Martín García y otras del río Uruguay, cuyas aguas y las del Plata siguen siendo tema muy revuelto. Errores de nuestra diplomacia, concesiones ocasionales a un sentimiento de hermandad en general mal retribuido, no han podido ser salvados por gobernantes más lúcidos e historiadores más informados, de lo cual este libro da cuenta minuciosamente.

Es evidente, no obstante, que nuestra preocupación no debería centrarse, aunque sin desatenderla, en una defensa del territorio de agresión concebida y consumada por los patricios de Montevideo y Buenos Aires, contrarios a las ideas federalistas de Artigas. Tanto más relevante fue el deterioro así causado a la Patria Grande, de lo cual sufrimos aún las consecuencias.

Retrocedamos un poco en nuestra historia. En esta tierra "de ningún provecho", soslayada durante casi dos siglos por los españoles, hubo una primera penetración que debió ser la decisiva: la

que inauguró Hernandarias en su reveladora travesía de 1609, introduciendo en 1611 y 1617 ganado vacuno que pronto se propagó en estas tierras, sin que las autoridades españolas se quisieran dar por enteradas. Recién ante la invasión de los portugueses en Colonia en 1680, el gobernador de Buenos Aires empezó a ocuparse de la Banda Oriental, y en 1726 se puebla Montevideo. En 1701 ya había aparecido Soriano en las bocas de Río Negro, al trasladarse desde la costa argentina, donde se había fundado en 1662. Y la jurisdicción de Montevideo fue ampliándose lentamente, llegando recién en 1779 a extenderse hasta el Río Negro, incluyendo Mercedes, fundada en ese año.

Con Artigas, nuestro territorio incluirá al norte las Misiones Orientales, ocupadas por los portugueses en 1801. Y el autor atraviesa como por sobre acuas la causa fundamental de que las perdiéramos, causa que no fue otra que la tan erróneamente conocida como la "Conquista" de las Misiones. Rivera las ocupó sin lucha en 1828, en coordinación con amigos riograndenses, brindándolas "a la República Argentina", y no al gobierno oriental. Al decretarse nuestra Independencia por obra de Ponsonby, Rivera dio media vuelta y quiso hacer méritos comunicando entonces que eran para el Uruguay. Pero apenas los imperiales pudieron atravesar los ríos enormemente crecidos ese

invierno, Rivera, conminado por Lecor y Barreto, huyó hacia el sur, primero hasta el Ibicuy, después hasta el Cuareim, y finalmente hasta el sur del Cuareim, en compañía de 300 tapes, con quienes despojó a las Misiones de cuanto ganado y de cuanto pudo trasladar consigo. El Cuareim quedó entonces provisoriamente como el límite de hecho, antecedente y costumbre que consagrará Andrés Lamas en 1851, reconociendo como frontera lo que fuera el fin de la disparada (que no "Conquista"...) del errátil Rivera.

Resumimos así un hecho que la historia oficial no registra, amparando en ésta como en tantas otras circunstancias a un personaje que lo menos que tenía era de "liso y llano", como él mismo se calificara, y que con sus ambiciones y veleidades nos hizo perder más de cien mil quilómetros cuadrados.

Agreguemos que tampoco alude el autor a las Malvinas, cuya original dependencia de Montevideo, y por lo tanto de la Banda Oriental, ha sido demostrada entre otros por Petit Muñoz, aunque geográficamente sobran las razones para reconocerlas como argentinas.

Washington Lockhart

Ricardo Rocha Imaz: *La Soberanía Oriental*. Ediciones blancas, 1988.